

LANCRET.



Dibujo tomado de LANCRET.

Nicolas Lancret nació en París en 1690. Después de haber estudiado sucesivamente con muchos maestros se hizo amigo de Watteau que era entonces el pintor á la moda, y procuró imitar su estilo, siendo indudable que existía una conformidad natural entre el genio de

Watteau y el talento de su discípulo, porque aunque sin igualar el modelo que eligió Lancret, le imitó muy bien repetidas veces hasta el punto de que en una exposición pública muchas de sus obras fueron atribuidas á Watteau.

T. I.

2



Lancret fué recibido en la Academia en 1719 bajo el título de pintor de fiestas galantes, y en 1735 el favor de que disfrutaba con el rey le valió (¡cosa extraña!) un empleo de consejero. No le faltaron ni honores ni fortuna; era admitido en la sociedad mas elegante, frecuentaba las tertulias mas á la moda y contaba un crecido número de amigos entre los grandes señores y los hombres mas eminentes de aquel tiempo. De este modo pasó su vida entre los placeres y el trabajo, hasta que á los cincuenta y cuatro años espiró de muerte repentina en la fuerza de su talento. Lancret murió sin posteridad, haciendo dos años nada mas que se habia casado con la nieta de Boursault, el autor de *Esopo en la corte*.

El título de pintor de fiestas galantes caracteriza bastante bien el talento de Lancret. Pintó la naturaleza engalanada, con colorido y estilo elegante; dicen que iba á la Opera á buscar los asuntos de sus cuadros pidiendo á las ilusiones escénicas la ciencia y la inspiracion, y de aquí nació, como puede suponerse, su estilo facticio, pomposo y teatral, su gracia falsa, su colorido de un esmalte postizo y sus escenas sin verdad y sin natural. Lancret tuvo toda la afectacion de Watteau, sin su inimitable gracia, su suave colorido, su poesia en la invencion y en la forma y su jenio tan lleno de encanto y orijinalidad. Sin embargo no puede decirse por eso que Lancret no merece algunos elogios, no; sus pinturas se distinguen por su mucha elegancia y vivacidad, y si bien falta en ellas la naturalidad, ofrecen no obstante una ficcion agradable y risueña, realizando ingeniosamente todos los caprichos galantes del siglo XVIII. Aunque en menor altura que Watteau, Lancret conserva aun una superioridad visible sobre todos los que le sucedieron en la pintura del mismo jenero, como Boucher, Natoire etc.

El cuadro de Lancret que ofrecemos á nuestros lectores, mas conocido por el grabado que por el orijinal, como sucede con casi todas las pinturas del mismo autor, se titula *La Tierra*. Al pié de una fuente elegante y encima de la florida yerba, unas señoras y un marqués, cortesano de aquellas beldades, se hallan disfrutando los placeres campestres. Las señoras que están ricamente vestidas se disputan las flores y frutas que están esparcidas sobre la yerba; una de ellas, en segundo término, se detiene bajo un árbol y recibe en un pliegue de su falda los dones de Pomona que está cojiendo en el árbol sin duda algun otro marqués disfrazado de lugareño como estaba á la moda á la sazón. Casi se podría asegurar que tambien los dos jardineros que tienen en la mano, uno una regadera, y el otro un azadon, huelen tambien un poco á duques ó á vizcondes; se han puesto un traje de campo para agradar á las señoras, y representan con mucha naturalidad su papel de lugareños, teniendo al lado todos los aperos de labranza y de vendimias, todo lo que puede completar la ilusion bucólica, y únicamente es de sentir que la condesa, la marquesa y la encantadora duquesa que se hallan presentes no hayan tomado el disfraz de la inocente Coleta ó de la injenua Toinon; ¡qué placer tan grande hubiera sido el verlas trasformadas en humildes pastoras cuidando los tímidos corderillos paciando sobre la yerba al pié de aquella rica fuente con esa náyade tan graciosa cuyo marmol hubiera podido adornar las fuentes reales de Versalles!

El que no ha leído el prefacio de las *Estaciones* por Saint-Lambert no puede comprender esa singular alianza de la galantería y de las pastorales que estuvo á la moda en la mitad mas brillante del último siglo. Habíase despertado

en todas las almas el sentimiento de la naturaleza, y los mejores poetas se ocupaban en hacer descripciones campestres, pero en vez de buscar en el campo el aislamiento, la soledad y la libertad de la naturaleza, siempre asociaban á la idea campestre la del mundo en que vivían, y sobre todo, siempre iba mezclada la admiracion de las bellezas de la naturaleza con el sentimiento de lo útil. Saint-Lambert se divertía en contemplar los campos desde las ventanas de su palacio, teniendo á su lado una noble sociedad que participaba de su entusiasmo, y cuyo tema de conversacion ordinaria era el celebrar las virtudes, la inocencia de la choza, los trabajos campestres etc.—Gilbert el jocoso acertó bien á satirizar la manía contemporánea cuando dijo á todos aquellos poetas labradores: «Hacednos versos de aldea, y enternece á las señoras hablándoles de agricultura.»

### LA SOTA DE ESPADAS.

(Véase nuestro número 1.)

Una vez (dos dias despues de la *soirée* de Naroumof y una semana antes de la escena que acabamos de bosquejar) Lisabeta estaba sentada bordando en su ventana cuando al echar una ojeada distraida por la calle vió á un oficial de ingenieros inmóvil con los ojos fijos en ella. Lisabeta bajó la cabeza y continuó trabajando con mas aplicacion, pero al cabo de cinco minutos miró maquinalmente hacia la calle y se encontró con el oficial que no se habia movido. No teniendo costumbre de coquetear con los jóvenes que pasaban bajo su ventana, permaneció con los ojos fijos en su bastidor por espacio de dos horas, hasta que vinieron á llamarla para comer. Entónces fué necesario levantarse y componer la labor, y al hacerlo vió al oficial en el mismo punto; esto la pareció bastante extraordinario; despues de comer se acercó á la ventana con alguna emocion, pero el oficial de ingenieros no estaba ya en la calle, y desde aquel instante olvidó lo sucedido.

Dos dias despues al tiempo de subir al coche con la condesa, le volvió á ver plantado delante de la puerta con el rostro medio escondido en su cuello de pieles, pero con los ojos chispeantes bajo su sombrero. Lisabeta tuvo miedo sin saber por qué y se sentó temblando en el carruaje.

De vuelta en casa corrió á la ventana con el corazon palpitante, y vió al oficial en su sitio acostumbrado que la miraba con ojos inflamados: inmediatamente se retiró, aunque devorada por una curiosidad ardiente, y presa de un sentimiento extraño que experimentaba por la primera vez.

Desde entónces no pasó un solo dia sin que el jóven ingeniero rodase bajo la ventana, y bien luego se establecieron entre ambos unas relaciones mudas. En cuanto se sentaba, adivinaba su presencia, levantaba la cabeza, y cada dia le miraba un poquito mas. El jóven parecia mostrarse lleno de gratitud por ese inocente favor, y Lisabeta veía con esa mirada profunda y rápida de la juventud, que las mejillas pálidas del oficial se cubrían de un vivo encarnado cada vez que sus ojos se encontraban. Al cabo de una semana, la jóven ya se sonreía.

Cuando Tomski pidió á su abuela el permiso para presentarle uno de sus amigos, el corazon de la pobre jóven palpitó de gozo, pero cuando supo que Naroumof era de caballería, se arrepintió cruelmente de haber comprometido su secreto descubriéndosele á un jóven aturdido.



Hermann era hijo de un alemán establecido en Rusia que le había dejado un corto capital. Firmemente resuelto á conservar su independencia, se había propuesto no tocar á sus rentas y vivía con su sueldo sin gastar mas que lo estrictamente necesario : era poco comunicativo, y ambicioso, aunque su reserva no daba nunca márgen á sus amigos para que se divirtieran á su costa. Bajo una calma aparente, ocultaba pasiones violentas y una imaginación desordenada, pero siempre conservaba su imperio sobre sí mismo, y había sabido preservarse de los estravíos ordinarios de la juventud. De este modo, con mucha propensión al juego nunca había tocado una carta, porque conocía que su posición no se lo permitía, y sin embargo pasaba noches enteras mirando jugar con una ansiedad febril.

La anécdota de las tres cartas del conde de San German había herido fuertemente su imaginación, y toda la noche había estado pensando en ello. — Sin embargo, se decía á sí mismo paseándose por las calles de San Petersburgo, quién sabe si la anciana condesa querría confiarme su secreto!... Voy á que me presenten en su casa... trataré de granjearme su confianza, y hasta le haré la corte... si, aunque tiene ochenta y tres años. Puede morirse esta semana, tal vez mañana... Además ¿será verdad esa historia? No, no; la economía, la moderación y el trabajo serán las tres cartas con que gane.

Haciendo así castillos en el aire, se encontró en una de las mas anchas calles de San Petersburgo delante de una casa bastante antigua. La calle se hallaba llena de carruajes que iban desfilando uno por uno ante una fachada grandemente iluminada; el joven veía salir por las portezuelas ya el piecicito de una hermosa mujer, ya la bota de un general, y tan pronto una media calada como un zapato diplomático. Hermann se detuvo. — ¿De quién es esa casa? — preguntó á un sereno metido en su garita.

— De la condesa de \*\*\*. Era la abuela de Tolski.

Hermann se estremeció. La historia de las cartas hirió nuevamente su imaginación y se puso á dar vueltas en derredor de la casa pensando en la mujer que la habitaba, en su riqueza y en su misterioso poder. Volvióse por fin á su guardilla donde se acostó sin poder dormirse en mucho tiempo, y cuando lo logró vió bailar en sueños ante sus ojos, una mesa de juego llena de montones de oro y de billetes de banco que iban sucesivamente entrando en sus bolsillos. Al despertar suspiró profundamente por no encontrar al lado sus fantásticos tesoros y para distraerse se fué á pasear por la ciudad. Bien luego se halló otra vez en frente de la casa de la condesa \*\*\*, una fuerza invencible le arrastraba, se detuvo y miró á las ventanas. Entonces vió detras de la vidriera una cabeza joven con hermosos cabellos negros inclinada graciosamente sobre un libro ó un bastidor: la cabeza se alzó, y Hermann pudo distinguir un hermoso rostro con ojos negros; aquel instante decidió de su suerte.

### III.

\* Lisabeta Ivanovna se estaba quitando su chal y su sombrero cuando la condesa la mandó á llamar, habiendo ordenado que engancháran de nuevo los caballos. Mientras dos robustos lacayos ayudaban á la condesa á subir al coche, Lisabeta vió al joven oficial rozándose con ella, y sintió que la tomaba la mano introduciendo un papel en ella que la joven medio aturdida se apresuró á esconder entre el guante. En todo el camino no veía ni oía nada: la condesa tenía costumbre de estar preguntando sin cesar:

— ¿quién es ese que nos ha saludado? ¿cómo se llama ese puente? ¿que hay allí escrito?

Lisabeta respondía aquel día á tontas y á locas, lo que le valió una reprimenda de la condesa.

— ¿Qué tienes hoy niña? ¿en qué piensas? ¿es que no me oyes? Sin embargo no tartamudeo, y creo que estoy en mi cabal juicio.

Lisabeta no la escuchaba. Cuando entró en casa, corrió á encerrarse en su cuarto, sacó la carta de su guante, y como no estaba cerrada era imposible no leerla. El billete no contenía mas que protestas de amor, en términos tiernos y respetuosos traducido literalmente de una novela alemana, que Lisabeta no conocía porque no sabía el alemán.

Sin embargo Lisabeta se encontraba en grandes apuros; por primera vez en su vida tenía un secreto que guardar, y además la idea de hallarse en correspondencia con un joven la hacía estremecer de pies á cabeza. Se reconvenía por su imprudencia sin saber qué partido tomar.

¿Qué debía hacer? ¿Dejar de trabajar á la ventana y cansar al joven con su frialdad, devolverle su carta, ó responderle de una manera firme y resuelta? No tenía ni amiga ni consejera; se resolvió á responder.

Sentóse á la mesa, tomó pluma y papel y se puso á meditar profundamente. Mas de una vez principió una frase, y después la borraba, ya porque le parecía un poco dura ó ya porque carecía de una justa reserva. Por último á fuerza de trabajo logró componer algunas líneas que la contentaron: «Creo, escribía, que vuestras intenciones son excelentes, y que no querríais ofenderme con una conducta poco meditada, pero debeis conocer que no podemos entablar relaciones de este modo. Así pues, os devuelvo vuestra carta y me prometo que no me proporcionareis la ocasión de hacerme sentir mi imprudencia.»

A la mañana siguiente, en cuanto distinguió á Hermann dejó su bordado, pasó al salón, abrió la vidriera y arrojó el papel á la calle contando con que el joven oficial se apresuraría á recogerle. En efecto, Hermann lo hizo así y entró en una confitería á leerle, después de lo cual, como no halló nada en aquellas palabras que pudiera desanimarle, se volvió á su casa bastante satisfecho del principio de su intriga amorosa.

Algunos días después una joven de ojillos vivos se presentó deseando hablar á la señorita Lisabeta de parte de una modista. Lisabeta no la recibió sin alguna inquietud, pensando en alguna cuentecilla atrasada, pero su sorpresa subió de punto cuando al abrir un papel que la entregó la joven reconoció la letra de Hermann.

— Os engañais, señorita, — esa carta no es para mí.

— Dispensad, — respondió la modista con una sonrisa. — os suplico tengais la bondad de leer un poco.

Lisabeta echó una ojeada, y vió que Hermann la pedía una cita.

— ¡Es imposible! — exclamó asustada de la audacia de la demanda, y del modo con que se la enviaba — esta carta no es para mí.

Y al decir esto la rasgó en mil pedazos.

— ¿Y si no es para vos, señorita, ¿porqué la habeis roto? — repuso la modista.

— ¡Dios mío! os pido mil perdones, — dijo Lisabeta toda turbada, — os suplico que no me traigais cartas como esa, y decid á la persona que os envía que debía avergonzarse de su comportamiento.

Pero Hermann no era hombre que levantaba el campo.



Todos los días Lisabeta recibía una nueva carta, ya por este conducto ó por el otro. Y ya estas cartas no eran traducciones del alemán, sino que Hermann escribía bajo el imperio de una pasión violenta, y hablaba en su propio idioma. Lisabeta no pudo resistir á aquel torrente de elocuencia; al principio recibió las cartas sin decir nada, luego respondió á ellas, cada día en términos mas tiernos, y por último arrojó por la ventana el billete siguiente:

«Hoy hay un baile en casa del embajador de \*\*\* al que asistirá la condesa, y nos estaremos allí hasta las dos. Hé aquí como podéis verme sin testigos. Cuando la condesa salga, que será á las once, no quedará en la casa, probablemente, mas que el suizo que está en el vestíbulo, durmiendo la mayor parte del tiempo. Si encontráis á alguien en la antecámara preguntad si está la condesa, os responderán que no, y entonces no habrá mas remedio que resignarse y salir, pero regularmente no vereis á nadie, porque las camareras de la condesa están todas juntas en un cuarto apartado. Cuando llegéis á la antecámara, tomad á la izquierda y seguid todo derecho hasta encontrar la alcoba de la condesa, donde por detras de un gran biombo hallareis dos puertas; una á la derecha que va á un gabinete negro y otra á la izquierda que conduce á un corredor á cuya estremidad hay una escalera que va á mi cuarto.»

Hermann se estremecía, como un tigre en acecho, esperando la hora de la cita. A las diez estaba ya de centinela á la puerta de la condesa. Hacía un tiempo endemoniado; el viento silbaba con violencia y nevaba á mas no poder; los reverberos apenas despedían una trémula lucecilla y las calles estaban desiertas; pero Hermann aunque iba únicamente cubierto con una levita ligera no sentía ni el viento ni la nieve. Al fin, se presentó el coche de la condesa; el oficial vió á dos lacayos levantando por debajo del brazo aquel espectro viviente que depositaron en los almohadones, bien cubierto con una enorme capa de pieles: un instante despues Lisabeta envuelta en una manteleta con la cabeza coronada de flores naturales, entró como un relámpago en el carruaje; despues se cerró la portezuela y el coche rodó lentamente por la blanda nieve. El suizo cerró la puerta de la calle, las ventanas del primer piso se oscurecieron, y el mayor silencio reinó en la casa. Hermann se paseaba sin cesar; bien luego se acercó á un reverbero y miró á su reloj, eran las once ménos veinte: apoyado contra el muro y con los ojos fijos en el minuterio contaba con impaciencia los instantes que le faltaban aun. A las once en punto Hermann subía el peristilo bastante alumbrado en aquel momento, pero dichosamente el suizo no estaba allí. Con un paso firme y rápido subió la escalera en un segundo y se halló en la antecámara, donde vió un lacayo que dormía tendido en una vieja butaca grasienta y estropeada. Hermann pasó con presteza por delante de él y atravesó el comedor y la sala donde no había luz; pero la lámpara de la antecámara le servía de guía. Por fin llegó al dormitorio lujosamente adornado con retratos, porcelanas, relojes, canastillos, abanicos y mil otros objetos al uso de las señoras contemporáneas de los globos de Montgolfier y del magnetismo de Mesmer; Hermann pasó detras del biombo donde había una camita de hierro y vió las dos puertas indicadas, á la derecha la del gabinete y á la izquierda la del corredor; abrió esta última, vió la escalera que conducía al cuarto de la pobre señorita de compañía, y despues la cerró y entró en el gabinete negro.

El tiempo iba trascurriendo con lentitud. Todo estaba silencioso en la casa: Hermann se hallaba en pié apoyado

contra una estufa sin lumbre, sintiendo latir su corazón con pulsaciones acompasadas, como el de un hombre que se halla resuelto á desafiar todos los peligros que se presenten porque conoce que son inevitables. Oyó dar la una, luego las dos, y un instante despues sintió el ruido de un carruaje que se acercaba; entonces se conmovió á pesar suyo: el coche se acercó rápidamente y se detuvo, é inmediatamente todos los criados se pusieron en movimiento, unos corrían á las escaleras, otros iluminaban los aposentos, y las tres camareras entraron á un mismo tiempo en la alcoba, hasta que por último entró la condesa parecida á una momia ambulante y se dejó caer en un gran sillón. Hermann que miraba por una rendija, vió á Lisabeta que pasaba á su lado y oyó sus pasos precipitados por la escalera; en el fondo de su corazón sintió algo parecido á un remordimiento, pero la impresión fué pasajera, y su corazón volvió á permanecer insensible como una piedra.

La condesa se puso á desnudarse delante de un espejo. Las camareras la quitaron su corona de rosas y su peluca empolvada dejando á descubierto sus cabellos cortitos y blancos: los alfileres llovían en su derredor; su vestido amarillo, recamado de plata se deslizó hasta sus piés hinchados; en una palabra, Hermann presenció á pesar suyo los poco apetitosos pormenores del prendido nocturno de la condesa que, por último, se quedó en peñador y papalina, traje mas conveniente á su edad y con el cual parecía un poco ménos espantosa.

Como todas las personas de avanzada edad la condesa se hallaba atormentada por el insomnio. Desnuda ya, como hemos dicho, mandó que la llevaran en un sillón hasta el hueco de una ventana y despidió á sus camareras, que apagaron los candelabros sin quedar otra luz en la sala que la que despedía la lamparilla del dormitorio. La condesa amarillenta y arrugada con los labios colgando se columpiaba pausadamente á derecha y á izquierda en su sillón; en sus amortiguados ojos se leía la ausencia de toda idea, y al mirarla moverse de aquel modo se hubiese dicho que no lo hacía por la acción de la voluntad sino mediante un mecanismo secreto.

De repente aquel rostro de difunto cambió de expresión; los labios cesaron de temblar, y los ojos se animaron; un desconocido se hallaba delante de la condesa, era Hermann.

—No temáis nada, madama, — dijo Hermann en voz baja, pero acentuando bien sus palabras. — Por amor de Dios, no temáis nada, porque no vengo á haceros mal ninguno, al contrario, vengo á pedir os una gracia.

La condesa le miraba en silencio, como sin comprender lo que decía. Hermann creyó que era sorda, y le repitió al oído lo que acababa de decir, mas la condesa continuó guardando el mismo silencio.

—En vuestra mano está, — continuó Hermann, — el asegurar la felicidad de toda mi vida, y sin que os cueste nada; sé que podéis decirme tres cartas que...

Hermann se detuvo; la condesa conoció sin duda lo que se la pedía, y exclamó:

—Es una chanza... os juro que era una chanza...

—No, madama, — repuso Hermann con energía. — Acordaos de Tchaplitzki á quien hicisteis ganar...

La condesa pareció algun tanto turbada; su fisonomía manifestó un instante una viva emoción, pero despues volvió inmediatamente á su estúpida inmovilidad.

—¿No podéis, — dijo Hermann, — indicarme tres cartas que ganen?

La condesa callaba; el jóven continuó:



— ¿Porqué os obstináis en guardar ese secreto? — ¿es por vuestros nietos? Ya son bastante ricos sin eso, y además ignoran lo que vale el dinero. ¿De qué les servirían vuestras tres cartas?

Hermann se detuvo, esperando una respuesta; la condesa no dijo una palabra, entónces el jóven se arrodilló.

— Si vuestro corazon ha conocido el amor, si os acordáis de sus dulces éxtasis, si os habeis sonreído alguna vez al primer grito de un recién nacido; por último, si habeis albergado en vuestro corazon un sentimiento de humanidad, os suplico por el amor de un esposo, de un amante ó de una madre, por todo lo que hay de mas santo en la vida, que condescendais á mis ruegos. Reveladme vuestro secreto... vamos... ¿Aca o está ligado con algun pecado terrible, con la pérdida de vuestra salvacion eterna? ¿Habeis firmado algun pacto diabólico?... Pensadlo bien; estais en edad muy avanzada y no os queda mucho tiempo de vida; pero yo estoy dispuesto á responder

con mi alma de todos vuestros pecados ánte el Señor. Decidme vuestro secreto; pensad que teneis en vuestras manos la dicha de un hombre, y que no solo yo, sino mis hijos y mis nietos, bendeciremos todos vuestra memoria y os veneraremos como á una santa.

La condesa no respondió una sola palabra.

Hermann se puso en pié, y exclamó rechinando los dientes:

— ¡Vieja maldita! yo sabré hacerte hablar.

Y al decir esto sacó una pistola del bolsillo.

La condesa al distinguir el arma experimentó por segunda vez una viva emocion; su cabeza se movió con mas fuerza, estendió sus manos como para apartar la pisto'a, y luego cayendó hácia atras se quedó súbitamente inmóvil.

— Ea, cesad de obrar como una criatura, — dijo Hermann tomándole la mano, — por última vez os pregunto, ¿quereis decirme esas tres cartas?

La condesa no respondió; Hermann notó que estaba muerta.

(Se continuará.)

#### MUSEO DE ALENÇON.

(Véase nuestro n. 1.)



San Lucas y San Juan, evangelistas.

#### UN TRIUNFO EN ROMA.

La celebracion del triunfo de Aureliano, es una de las mas bellas que nos cuenta la historia. Tres carros reales se vieron en ella; el de Odenat que estaba guarnecido de oro plata y pedrerías, otro no ménos hermoso regalado por el rey de Persia á Aureliano, y otro que Zenobia mandó hacer para su entrada en Roma, y no se engañó, por que en-

tró efectivamente en ese carro, pero vencida y prisionera. Aureliano iba en un carro tirado por cuatro ciervos que le regaló el rey de los godos, y así entró en el Capitolio donde inmoló á Júpiter los cuatro ciervos.

Aureliano iba precedido de veinte elefantes y doscientos animales salvajes cojidos en la Libia y en Palestina, que repartió inmediatamente entre diferentes particulares



para no gastar nada en mantenerles: habia tambien cuatro tigres, girafas y otros animales semejantes y ademas iban mas de ochocientos pares de gladiadores y los cautivos de las naciones bárbaras.

Tambien condujeron en este triunfo á diez mujeres que habian cojido vestidas de hombre combatiendo entre los godos, y llevaban un letrero en el pecho diciendo que eran de la raza de las amazonas; cada nacion llevaba su letrero; muchas de aquellas mujeres habian sido muertas.

Despues venia Zenobia cargada de pedrerías y de cadenas de oro sostenidas por los esclavos.

Enseguida se veian las coronas de oro de cada ciudad sobrecargadas de títulos eminentes, luego el pueblo romano, las banderas de los colejos y los fuertes, los caballeros armados y con corazas, las riquezas reales, el ejército y el senado; era un poco triste ver á los senadores celebrando aquel triunfo, pero su presencia daba mucha pompa á la ceremonia. Por último, Aureliano no llegó al Capitolio sino hasta eso de las nueve, y mucho despues al palacio.

En los dias siguientes se hicieron para el pueblo juegos escénicos y del Circo, cazas y combates de gladiadores.

#### LAS BABUCHAS VIEJAS DE ABOU-CASSEM.

##### CUENTO. (1)

Abou-Cassem era un célebre mercader de Bagdad, muy célebre por su avaricia; sus cofres rebosaban de oro, pero jamas se le ocurrió gastar la mas pequeña suma. Llevaba una vida de mendigo; los habitantes mas ancianos de la ciudad le habian visto siempre con los mismos vestidos, y ¡qué vestidos! un casaçon raído que no conservaba ya valor ninguno, un turbante desfigurado donde se veían tantas manchas y agujeros como estrellas hay en el cielo, y por último unas babuchas tan llenas de clavos y tantas veces remendadas por todos los zapateros de la ciudad que nadie podia mirarlás sin echarse á reir: tanto, que su fealdad sin igual habia dado lugar á un proverbio, y siempre que se queria designar un objeto viejo, pesado, incómodo y feo se decia: «Es como las babuchas de Abou-Cassem.»

Un dia que nuestro avaro se habia aprovechado con sutileza de los apuros de un pobre mercader para comprarle por casi nada una porcion de magníficos frasquitos llenos de esencia de rosa, se puso tan contento con su compra que, para celebrarla, resolvió hacer un gastillo extraordinario. ¿Convidaría á comer á algun pariente suyo? ¡Qué tontería! todos sus parientes eran comilones y devorarian cuanto les presentara como si estuviesen en ayunas. ¿Compraría para sí un ca'é mejor que el ordinario? Otro disparate; ya estaba acostumbrado al malo. Despues de reflexionar profundamente decidió que lo mejor era tomar un baño, costase lo que quisiera, placer que no habia disfrutado hacia mucho tiempo.

En tanto que se despojaba de sus harapos en el vestuario, un pariente suyo se aventuró á esponerle algunas quejas sobre su escésiva economía, atreviéndose hasta á decirle que haria muy bien en no seguir llevando aquellas babuchas que le hacian el *hazme-reir* de todo Bagdad. El avaro respondió refunfuñando que pensaria en ello, y volviendo la espalda al importuno que venia á darle consejos se metió en el baño, pero, ¡cuánta no fué su sorpresa cuando al salir se encontró con un par de babuchas nuevas junto á sus vestidos! Al principio creyó que era una dádiva jenerosa de su pariente, y haciendo esta reflexion se las puso y se retiró; pero es el caso que aquellas babuchas

nuevas pertenecian al cadi, quien habiendo entrado en el baño despues de Abou-Cassem, salió tambien á poco tiempo despues y como era natural se sorprendió al no ver sus babuchas; entónces se apresuraron á buscarlas por todas partes hasta que descubrieron en un oscuro rincon las horribles babuchas de Abou-Cassem.

— ¡Cómo! — exclamó el cadi, — ¿es ese pícaro avaro el que me ha robado mis babuchas? Pronto, pronto, corred y apoderaos de su persona. Los guardas se precipitaron á la calle, cojieron á Abou-Cassem en el instante en que iba abrir la puerta de su casa y le encerraron en un calabozo. El pobre viejo por mas que protestó que no lo habia hecho con mala intencion, no adelantó nada; era demasiado favorable la ocasion de hacer una sangria en sus cofres para que le dejaran escapar, y, así pues, no le pusieron en libertad sino haciéndole pagar una fuerte multa.

Abou-Cassem volvió á su casa desesperado. En cuanto quedó solo, se colocó con los brazos cruzados ante las dos babuchas causa de su desgracia, y despues de haberles dirigido las mas enérgicas reconvenciones, las agarró colérico y las arrojó por una ventana al rio que pasaba por debajo. Dos ó tres dias despues, unos pescadores al sacar sus redes se pusieron muy contentos notando que pesaban mucho, mas cuando esperaban ver aparecer un rico botin, como un vaso de oro ó un cajoncito de zequies ó de diamantes, se encontraron con que habian pescado... ¿á que no sabeis qué? .. las babuchas de Abou-Cassem, cuyos clavos monstruosos hasta habian desgarrado las redes! Encolerizados hasta lo sumo, tomaron las babuchas y las arrojaron á través de las vidrieras del viejo mercader, y quiso la casualidad que cayeron sobre los frasquitos de esencia de rosa quebrándolos todos. Abou-Cassem, atraído por el ruido, se quedó aterrado al ver nadar en la esencia de rosa aquellas fatales babuchas que despues de haberle hecho pagar una multa habian subido del rio para destruir lo mas precioso que tenia en su casa. Así, arrancándose las barbas de despecho, exclamó: — Malditas babuchas, yo sabré impedirlos que me causeis nuevos males en lo sucesivo; y dicho esto las llevó al jardin, y haciendo un hoyo muy profundo las enterró en él. Pero aconteció, que un vecino que se hallaba fumando en la azotea le vió hacer aquella operacion, y, como era envidioso y hablador, contó que habia visto á Abou-Cassem desenterrando un tesoro. El dicho circuló en el barrio y llegó á oídos del gobernador que mandó llamar á Abou-Cassem, y le amenazó con mandarle dar de palos si no le daba la mitad de su tesoro; el viejo por poco se desmayó; se dió golpes de pecho, invocó el santo nombre del profeta y juró que no habia hecho otra cosa mas que enterrar sus babuchas; pero el gobernador se irritó doblemente al oir esto y le acusó de querer burlarse de él, hasta que por último, Abou-Cassem temiendo el castigo con que le amenazaban y sabiendo que de nada le serviría el querer luchar contra la fuerza y avaricia del gobernador, consintió otra vez en pagar una suma considerable, aunque casi hubiera preferido el entregar su alma, pero al mismo tiempo se prometió concluir para siempre con sus babuchas.

Efectivamente, aquella misma noche se salió al campo á mucha distancia y, cuando estuvo bien seguro de que nadie en el mundo podia verle, sacó las babuchas que llevaba ocultas en un faldon de su casaca y las arrojó al fondo de un acueducto, quedándose algunos instantes mirando al agua regocijándose en ver como se ahogaban sus dos enemigas, y enseguida libre de aquel peso se volvió á dor-

1 Imitado de Gaspar Gozzi.



mir en paz á su casa firmemente persuadido de que jamas volveria á oír hablar de sus babuchas; pero ¡ay! la historia de sus desgracias ne paró aquí.

A la mañana siguiente las buenas mujeres de Bagdad, cuando fueron á llenar sus cántaros á las fuentes públicas, se sorprendieron al ver que el agua no llegaba y principiaron á gritar y á quejarse. Los que cuidaban del ramo de las aguas, inquietos y asustados, se esparcieron por todas partes, subieron al acueducto, sondaron los encañados, y por último descubrieron que se habia introducido en ellos algun cuerpo extraño que detenía la corriente del agua, y en efecto, ese cuerpo extraño eran las babuchas de Abou-Cassem. Entónces comenzaron nuevas denuncias, nueva prision y nueva multa; en fin, las babuchas causaban la ruina del pobre mercader y sus dias estuvieron en peligro. Cuando Abou-Cassem se volvió á hallar solo en su casa pálido, descompuesto, y envejecido de diez años mas, enfrente de sus babuchas, exclamó con esa serenidad siniestra que manifiesta el último grado de la desesperacion — «¿Qué haré con vosotras? ¿A qué jénero de suplicio debo condenaros? ¿Os haré trizas? Pero esto multiplicará hasta lo infinito mis enemigos; no me queda mas que un recurso y es el de reducirlos á cenizas.» Y dicho esto las tomó entre sus manos temblorosas y crispadas de rabia, y ya iba á echarlas en el brasero cuando recapacitó que como estaban caladas por haber pasado toda una noche en el acueducto podrian escapar al fuego, y entónces las puso un instante al borde de su azotea para que se secasen un poco al sol.

Apénas habia dado dos pasos hácia atrás, cuando un perrillo de la vecindad saltó á la balastrada y, queriendo olfatear una de las babuchas, la hizo caer á la calle, yendo á parar justamente sobre la cabeza de una mujer que á la sazón pasaba. — ¡Al asesino! ¡al asesino! — gritan las mujeres de la vecindad. — ¿Quién ha muerto? ¿Dónde está el culpable? — preguntan los hombres suspendiendo sus quehaceres. Reñese la jente á la puerta de Abou-Cassem habiéndose nada ménos que de tomarse la justicia por su mano tostando ó empalando al avaro. Entónces el viejo toma una resolucion suprema, suplica á los guardas que le conduzcan á casa del cadí y allí, poniéndose de hinojos y depositando las fatales babuchas á los piés del majistrado, pronuncia las siguientes palabras: «Manantial de infinita sabiduria, resplandeciente luz, sublime cadí, ahí teneis esas dos furias encarnizadas para perderme; ántes era rico, y me han arruinado, era feliz, y me han robado mi reposo y abreviado mi vida. Dad un decreto advirtiéndome á todo Bagdad que al ménos en adelante, no se me imputen los crímenes que puedan cometer, y si no me acordais este favor, no quiero vivir ya mas tiempo, á vos me entrego, haced que me conduzcan al suplicio.»

El cadí no pudo contener una sonrisa al oír una peticion tan singular; dió el decreto, ordenó que se pregonase por toda la ciudad, y por esta vez se contentó con hacer un discurso á Abou-Cassem sobre los inconvenientes de no remudar el calzado á su debido tiempo.

#### UN REMEDIO CONTRA LA IRA.

En una aldea de Alemania vivia en otros tiempos un matrimonio que no se queria mal pero que siempre estaba en guerra abierta. A la primera palabra un poco agria, venia una contestacion peor, luego una injuria y tras de la injuria los porrazos. El marido decia á la mujer: — Esa

sopa está sosa, y hace veinte dias que te lo estoy diciendo.

La mujer responde: — Para mí tiene bastante sal.

El marido encolerizado esclama: — ¿Es así como la mujer debe responder á su marido? ¿Tengo yo que conformarme con tu gusto?

La mujer añade: — Allí tienes el bote de la sal; y otra vez hazte tú mismo la sopa.

El marido fuera de sí coje el plato y lo tira al suelo, y entónces la mujer, sin poder contenerse, grita, se incomoda y dirige á su marido toda especie de palabras duras de oír: — ¡Ah! ¡Ah! dice el marido, veo que hay que tomar la tranca y darte un poco en las costillas.

La mujer desconsolada se va á buscar al cura para pedirle su ayuda y sus consejos; este reconoce que muchas veces la mujer tiene la culpa de ese mal trato de que se queja y la dice: — ¿No os habló mi predecesor de un agua maravillosa que tenemos aquí que todo lo cura?

— No, responde la mujer.

— Pues volved dentro de una hora y os daré una poca.

El cura, despues que se ha ido, llena un frasquito de agua fresca, le echa un poco de azúcar y unas cuantas gotas de esencia de rosa para dulcificarla y perfumarla, y despues dice á la esposa: — Cuando vuestro marido entre por la noche de la taberna, y que se os figure que está de mal humor, tomad un poquito de esta agua y conservadla en la boca hasta que se calme, y yo os respondo de que se acabarán vuestras disputas.

Así lo hizo, y la casa, ántes alborotada, estuvo tan sossegada que los vecinos decian: — ¿En qué consiste que nuestros amigos no disputan mas?

HEBEL.

#### EL HUESO.

Un niño muerde una cereza, y arroja el hueso con la boca; un anciano recoge el hueso y le entierra á la vista del mozo.

Algun tiempo despues, este último pasa por aquel sitio y ve ya que el hueso era un arbusto; el anciano estaba á su lado mondándole y resguardándole de todo lo que podria dañarle. — ¿Y para qué se toma ese trabajo? — dijo para sí el jovencito.

Mas cuando ya era hombre, al pasar por el camino lleno de polvo, encuentra el árbol cubierto de fruta que le refresca, y comprende por fin la prudencia del anciano.

Todos hemos sido ese niño. ¡Cuántos proyectos abandonados, que una mano prudente se encarga de recoger! La mayor parte de los hombres viven á la casualidad sin pensar que el jérmen recojido da una cosecha, y que la menor de nuestras acciones es el hueso de un cerezo.

José Ribera, pintor español, llamado el *Españoleto*, nació y vivió largo tiempo en la pobreza. Poco cuidadoso de los bienes de fortuna, se marchó á Italia á fin de perfeccionarse en un arte que le hacia olvidar todas sus penas. Un cardenal que le encontró un dia dibujando en el campo, se halló muy sorprendido, tanto del talento del jóven pintor como de la miseria en que parecia sumergido, y le hizo ir á vivir á su palacio, cubriendo abundantemente todas sus necesidades; pero el *Españoleto* notó bien luego que la buena vida le hacia un tanto perezoso, y dejó repentinamente á su ilustre protector volviendo á su pobreza antigua muy contento de volver á hallar su gusto por el trabajo.



## VANDER-HELST.



MUSEO DEL LOUVRE.—Los burgomaestres distribuyendo los premios del juego del arco; cuadro de VANDER-HELST.

Bartolomé Vander-Helst, nacido en Harlen en 1613, es uno de los pintores de retratos mas ilustres que cuenta la escuela holandesa. El museo del Louvre posee dos retratos de este autor que están considerados como dos grandes obras, el 4º un retrato de hombre vestido de negro, con la mano izquierda sobre el pecho y la derecha en la cadera, y el segundo otro de mujer con un abanico en las manos. Lo que primero llama la atención cuando se ven estos retratos es el estilo franco y natural con que están pintados; las figuras están muy bien dibujadas, son muy bonitas las posturas, los paños están muy bien entendidos y el colorido no puede ser mejor. Ahora debemos añadir á todo esto el exacto parecido, como lo atestiguan sus contemporáneos.

Sin embargo, la obra mas famosa de Vander-Helst es su gran cuadro que representa el banquete de la guardia cívica de Amsterdam con motivo de la paz de Munster concluida en 1648 que se halla en el museo de Amsterdam, y despues de este viene el que representa los burgomaestres ó jefes de la milicia cívica disponiéndose á distribuir los premios del juego del arco, tal como se ve en nuestro grabado. Cuatro personajes se hallan sentados en derredor de una mesa cubierta con un rico tapete; llevan en la cabeza sombreros de ala ancha, y visten el traje flamenco, con la capa al hombro. Tres de ellos tocan ó examinan los objetos preciosos, como vasos ó cadenas que van á dar á los vencedores, y el cuarto, que es la figura principal, vuelve la cabeza sonriendo, y nos muestra un tipo enteramente diferente del de sus cólegas, graves holande-

ses, verdaderos burgomaestres, cuyas fisonomias respiran la injenuidad y flema nacional, mientras el otro recuerda por el contrario por su cara y actitud, las tradiciones guerreras de la raza flamenca, teniendo en el rostro un no sé qué de caballeresco y altanero que parece un soldado de Egmont ó de Orange.

En el fondo, á la entrada de la tienda donde están sentados los jefes, se ve á los vencedores con los arcos en la mano esperando con impaciencia los premios que han merecido, y últimamente detras de los jefes está una mujer trayendo un cuerno perfectamente cincelado que no es el peor de los premios que debían repartirse.

Vander-Helst ha reducido él mismo su cuadro, y la reducción, que vale tanto como el original, es la que se ve en el museo del Louvre. En el cuadro primitivo las figuras son del tamaño natural, como las del banquete, lo que da mas vida y aspecto á la composición, pero si se trata de la expresión de las actitudes y riqueza de pormenores, se puede decir que la reducción vale tanto como el cuadro de Amsterdam; carnes, paños, vasos de oro y plata, todo está pintado con la misma perfección; Vander-Helst poseía un admirable talento de imitación unido á una inspiración verdadera y á la mas viva y franca originalidad.

Este pintor se estableció desde su juventud en Amsterdam, donde se casó y murió en edad avanzada hacia fines del siglo XVII dejando un hijo único á quien enseñó los primeros rudimentos del arte, y que, á su vez, fué tambien un buen pintor de retratos.